

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XX



C. S. I. C.
1983
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1983

S U M A R I O

Páginas

ARQUITECTURA Y ARTE RELIGIOSOS

El Convento de Nuestra Señora de Portacaeli y San Felipe Neri de Clérigos Menores de Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	9
El Jesús de Medinaceli y la desamortización, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	27
El Oratorio del Olivar. Madrid, por <i>Gloria Salterain Díez</i>	31
El misterioso robo de la Custodia de la Villa de Madrid, por <i>José del Corral</i>	35
Noticias sobre una obra de José Antolínez: «El éxtasis de San Felipe Neri», en el Convento de las Comendadoras de Alarcón, de Madrid, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	57

ARQUITECTURA CIVIL Y URBANISMO

Las sociedades constructoras benéficas, una respuesta paternalista al problema de la vivienda obrera. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921), por <i>Manuel Valenzuela Rubio</i>	63
Casas y alquileres en el antiguo Madrid, por <i>Ceferino Caro López</i>	97
El antiguo Paseo de la Virgen del Puerto: Una obra fundamental en la aportación urbanística del arquitecto Pedro de Ribera, por <i>Matilde Verdú Ruiz</i>	155
La más importante del mundo: Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá, 1749-1874, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	167
El nombramiento de Alcaldes de Barrio en Madrid en 1768: El temor a la revolución social, por <i>Juan Luis Álvarez Caravera</i>	195
Madrid reflejo de los problemas sanitarios de la Península: La peste de 1596 vista por un galeno de la Corte, por <i>Alfredo Alvar Ezquerro</i>	203

HISTORIA: COSTUMBRISMO

Un día madrileño en tiempos del Emperador, por <i>Fernando Díaz-Plaja</i>	221
Mesonero Romanos: Entre costumbrismo y novela, por <i>Leonardo Romero Tobar</i> ...	243
La herencia de don Ramón de Mesonero Romanos, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> ...	261
Don Ramón y su entorno histórico, cultural y costumbrista (1803-1882), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	267

	<u>Páginas</u>
LITERATURA: BIOGRAFÍAS	
Madrileñistas de cien años, por <i>Juan Sampelayo</i>	277
Retrato de un ilustre madrileño: El doctor Pulido, 1852-1932, por <i>Martina Lemoine</i> ...	283
Teresa López: Un amor juvenil de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalls</i>	293
MÚSICA: TEATRO	
Los retablos madrileños de Víctor Espinós, por <i>Juana Espinós Orlando</i>	301
Canciones madrileñas de trabajo (Anotaciones a un Cancionero), por <i>Rafael Mota Murillo</i>	327
EFEMERIDES	
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1982, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	365

MADRILEÑISTAS DE CIEN AÑOS

Por JUAN SAMPELAYO

1883 es año de recuerdo y nacimiento para dos señores de esta:

«Villa, en cuanto el sol dora y el mar baña,
más agradable, hermosa y oportuna
cuya grandeza adorna y acompaña
la Corte de los Césares de España».

Y si Lope la cantara en versos de tan pura belleza en *Los mártires de Madrid*, ellos dos lo hicieron en galana prosa.

Alegre, triste, melancólica, rigorista según las ocasiones. El verso, la novela, la historia grande y chica, el arte madrileños van a ser cultivados, analizados por estos dos señores que en este 1983 que vamos consumiendo hubieran sido centenarios.

Sus nombres Emiliano Ramírez Angel y José Francés, éste con un excellentísimo por delante. El recuerdo se hace más vivo en el caso de este último de quien tuvimos el honor y la alegría de ser sus amigos bien que los años nos separaban largamente.

No se trata en la ocasión presente de hacer aquí un trabajo de estudio de lo que fue su obra, de lo que fue el vivir de aquellos dos madrileñistas. Quédense esas tareas de mayores empeños para plumas especializadas y para un lugar con mayores espacios que los que disponemos, una y otra cosa lo requieren.

Ahora cuando hubieran podido cumplir los cien años, lo que queremos en estas páginas madrileñas es hacer unas breves literarias y humanas semblanzas de uno y de otro, con sus perfiles y el recuerdo de sus obras.

• • •

Emiliano Ramírez Angel era toledano de nación, pero era, repitámoslo con frase un tanto chulesca bien que él no tenía nada de esto, madrileño hasta las cachas, señor de unos madriles que como él muerto prematuramente se fueron por un gran socavón.

La mesocracia es, puede decirse, el Madrid que él va a recrear de un modo particular, si bien no va a dejarse en el tintero del recado de escribir de un café de la época, cada esquina madrileña tiene un café como en la actualidad puede afirmarse que alberga un Banco, otras parcelas de nuestra ciudad.

A Emiliano, como ha dicho certeramente un brillante biógrafo suyo —Mariano Sánchez de Palacios—, «le enamora y le fascina Madrid». Pero ese entorno de ese Madrid pequeño y sentimental es donde nos va a dejar en la crónica de cada día, en la novela o el cuento lo mejor de todo lo que él lleva en sí y todo ello escrito con ternura.

Hay que entrar en las páginas de la biografía a Emiliano dedicada por Sánchez de Palacios —breve pero perfecta— para seguir paso a paso la creación literaria de aquél, que muy joven alcanza la gloria literaria y periodística dentro de una generación de alta categoría.

Vida breve y en ella galardones que señalan un triunfo. En el artículo quiero reseñar el «Cavia» del *ABC* y el «Castillo Chirel» de la Real Academia Española. Aquél por un artículo, crónica diré mejor, que ve la luz en las columnas de la revista más prestigiosa de entonces —1923—, sí, en *Blanco y Negro*. Hubo muchos optantes al «Cavia», el Jurado de gran categoría —Benavente, Arniches y Pérez Lugín— se lo otorgan. Poco más de una columna, pero qué emoción literaria, qué belleza, qué ternura en ella.

El «Chirel» de la Academia se le concede por una colección de artículos que van a conformar más tarde su libro *La Villa y Corte pintoresca* que edita aquel gran catador de valores literarios que fue Ruiz Castillo. Lo hace en su «Biblioteca Nueva». Un libro como tantos otros suyos que en esta hora de tantas reediciones —con motivo unas, sin ninguno otras— merecería el honor de la reedición, tanto para los que gustan de su prosa, como para los bibliófilos que buscan los libros madrileños desde los lejanos a los más cercanos y que son incontables y si se encuentran es a precios fuera del alcance de los más de los bolsillos.

«Bombilla-Sol-Ventas» es un itinerario madrileño, un viaje a pie, en tranvía, en simón, en manuela por los caminos de una ciudad de la que él, como afirmó Sánchez de Palacios, está enamorado.

Un enamoramiento que le entra de golpe cuando llega a la Villa y Corte,

y que va a perdurar hasta la hora triste de su definitivo abandono de la misma.

Centenares de artículos y crónicas que son naturalmente como en tantos escritores de su tiempo, de tantos tiempos ya más lejanos o cercanos novelas, cuentos... Y en un noventa por ciento, y acaso me quedo corto, toda la presencia de Madrid.

La presencia como él mismo ha dicho de la vida de cada día, de cada atardecer, de cada noche y que él trasladó desde el corazón a las cuartillas sobre el mármol del velador del Café Comercial o de Fornos, de la mesa redonda de la redacción, de la camilla de su hogar —fue muy hombre de su casa Emiliano—, mismamente en un cuaderno sentado en un banco de su adorado Retiro.

Así lo ha cantado él en una prosa que bien valdría el verso: «Cuánta hermosura hay en la vida cotidiana madrileña. La hermosura de lo humilde, lo pequeño, lo que muchos consideran cursi y es tan sólo entrañable, lo que muchos consideran chulo y es tan sólo castizo en la mejor acepción del vocablo».

Ese vivir cotidiano a que nos referimos, plasmado en las novelas y las crónicas, los cuentos y los artículos, lo exalta en un bello libro: *Raros y olvidados*, un gran cronista de tiempos actuales pero muy amigo de aquel Federico Carlos Sainz de Robles de este modo: «Nadie como él sacó tanta poesía de oro de 18 quilates a las casas reumáticas de los barrios pobres, a las plazuelas lunáticas, a los cafés soñolientos y fríos, a las muchachitas decentes con ansias de novio estudiante, a los dependientes de comercio hábiles en carambolas de billar y bailoteos de merendero, a los periodistas incipientes emborrachados de madrugadas y de noticias contradictorias...».

Pero abundemos aún más sino en el recuerdo personal que no nos fue dable, sí en la crítica de otro maestro gran conocedor de la novelística española. Y dice así Cansinos Assens: «Emiliano ha tomado para mí la belleza humilde, popular, de lo visto por todos; la belleza de los arcos iris, de los domingos con sol, de los jardines públicos y de los balcones con macetas; todo eso que sólo puede magnificarse por la contemplación afectuosa».

Y es así con estas frases que lo dicen todo de su madrileñismo como queremos cerrar este recuerdo al margen de toda bibliografía que en cualquier parte hallará el curioso lector. Pero mejor será cerrar todo este recuerdo con una frase del propio escritor: «Quisiera lograr del lector no una lágrima ni una carcajada, sino una sonrisa. Sonreír he aquí la honra, la victoria mayor que, a mi juicio, puede satisfacer más a un pintor de costumbres».

* * *

Ahora es de don José Francés y Sánchez Heredero de quien queremos trazar como de Ramírez Angel, un apunte más humano que otra cosa, máxime que después del gran estudio de don Joaquín de Entrambasaguas sobre el mismo, sería vano empeño hacer otra cosa.

Es él quien ha escrito las mejores páginas sobre Francés y a las que hay que volver en toda ocasión que de su tarea de novelista, crítico de arte, cuentista o costumbrista se trate.

Entrambasaguas lo recoge todo desde el lugar de su nacimiento en la calle de San Jorge, una de las que arrastró la piqueta de la Gran Vía hasta unos versos del gran poeta Eduardo Marquina a él dedicados:

«Agresivo, impaciente de sondear el vacío,
la pujanza supliendo la orientación del brío,
todavía tan joven e inesperto, que labra
en ti, más que el sentido, el son de la palabra,
con la curiosidad de todas las doctrinas,
por los linderos de toda selva caminas...».

Pero ya digo que no vamos a hacer aquí la biografía de don José Francés.

Sí traer su recuerdo como hombre que lleva al cuento, al artículo, a la novela la presencia viva del Madrid de su tiempo.

Si el Madrid de Ramírez Angel es un Madrid sencillo y humilde, éste de Francés es más bien el representativo de otras clases sociales, la alta burguesía y la aristocracia mezcladas con una bohemia dorada y alegre.

Su vida está jalonada de Premios y de honores, tan largos unos y otros como lo es su bibliografía.

Pero sobre lo literario que es de un gran valor y grandes críticos lo atestiguan, hemos de apuntar una tarea que queda como imperecedera y que es la referente a Madrid y el arte.

Crítico en las páginas de *La Esfera*, la publicación de los volúmenes anuales —1916-1926— de *El Año Artístico*, y que como dice en su ya citado estudio Entrambasaguas, es «una verdadera historia del arte contemporáneo», y permítasenos decir con permiso de tan alta autoridad, que para aquel tiempo más que nada madrileño.

Notables escritores han dicho cosas y más cosas en torno al talento y al talante de Francés, que entre sus muchos honores recibió el de Académico —después Secretario Perpetuo hasta su muerte— de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, para la que fue elegido un 26 de diciembre de 1923 en la Medalla de don Amós Salvador y a propuesta de los escultores Mariano Benlliure, Mateo Inurria y Miguel Blay.

Su discurso versó pocos meses después sobre «un libro de estampas», al que pondría contrapunto el académico don Marceliano Santamaría.

Y ahora como un colofón siempre requerido a los artículos recordatorios quiero con perdón traer hasta aquí unos recuerdos personales en torno a nuestro hombre centenario publicados en un diario madrileño.

Es él uno del día en que el Instituto de España le rindiera el título de la antigüedad académica, el otro el de sus tertulias en su hogar en sus días ya cercanos a su muerte acaecida un 10 de septiembre de 1964.

He aquí algo del primero:

«Solana, Mir, Anselmo Miguel, Zubiaurre, Aguiar y tantos más en las paredes del despacho de José Francés a quien esta mañana decembrina las Reales Academias constituidas en Instituto de España vienen a rendir el homenaje de la antigüedad académica.

Van llegando al piso-museo de Francés los "inmortales". Los de la Española, ya Cossío y Martínez Kleiser, y muy de uniforme con larga tira de condecoraciones Julio Guillén por la de la Historia, la de Medicina representada en Carro y la de Ciencias Morales y Políticas por Ruiz Castillo, y están Zúñiga y Ceballos por la de Farmacia. Está entero, pero emocionado José Francés. Y con los inmortales Ka-Hito y Tomás Borrás, Pepe Montero Alonso, amigo de horas lejanas. Se hace el silencio y se arma el corro. De un lado los Académicos, otro con unas damas con la esposa de Francés: Aurea de Sarrá, del otro los viejos amigos.

Don Luis Martínez Kleiser ofrece el homenaje y traza una semblanza del vivir de don José. Se le entrega un obsequio.

Muchos abrazos y Francés con voz entera da las gracias. Recuerdo para los que se fueron y para los que están presentes. Corros alegres con rubia manzanilla en la mañana fría de diciembre».

Y ahora traemos el otro más triste recuerdo del buen caballero que fuera don José Francés y Sánchez Heredero, en el mismo salón por cierto, pero ya herido para siempre:

«Al caer la tarde, lo permitiese o no el doctor, allí en su despacho, el del hogar, recibía don José, siempre muy bien puesto de indumentaria, bien que ya no lucía los blancos botines de otros tiempos, símbolo de su elegancia en las exposiciones de pintura.

Toda una teoría de nombres con fama estaban allí silenciosos y agrupados sin distinción de tiempos ni de escuelas en los muros del salón viendo a los que poco a poco van llegando a ver a don José.

Sillones confortables y sillas que valen más que para visitas de cumplido. Sobre una mesita, un álbum con grabados y algunos ejemplares de aquellos "años artísticos" que fueron en su época, y hoy en día continúan siéndolo, excelentes guías de arte.

Subirá era, sin duda, el primero en llegar, el último en despedirse. Yarnoz, de vez en cuando el presidente don José Eugenio de Baviera, Federico Sopena, Juan Antonio Morales, Pepe Montero Alonso, tantos más que ahora se me van de la memoria.

Se hablaba de todo y era don José, con dolores ya, con angustias, el que se sobreponía y hablaba con más calor que nadie. Creí que no era el don José de ahora el que lo hacía, que era el de ayer, por el fuego, el ímpetu que ponía en las palabras. Seguía siempre firme en sus convicciones y las defendía con la mejor dialéctica, la de sus años mozos, de sus tiempos mosqueteriles.

La Academia y la pintura, la provisión de una plaza que acababa de quedar vacante y una exposición que había abierto sus puertas la tarde anterior eran temas para la tertulia.

Estaba al tanto de todo cada día don José, aunque cada uno que pasaba avanzaba el terrible mal, al tanto de los libros y los artículos periodísticos. Fueron durante un mes largo o algo más esas tertulias verdaderos torneos de conversación en los que él ponía todo su ingenio y sus muchos recuerdos. Esos recuerdos de toda una vida de arte los cuales por desgracia no llevó al papel y que hubieran sido una gran historia del arte español contemporáneo.

Después un día, la tertulia se acortó. Otro hubo de suspenderse. Don José se recluyó en el lecho del que nunca más habría de salir.

Breves apuntes de unas vidas de unos hombres que dieron gloria a la ciudad de Madrid.